

El ambiente cultural de la época de Leonor de Ovando*

DR. MARIANO LEBRÓN SAVIÑÓN
(República Dominicana)

La República Dominicana, emergente en el Caribe desde un semillero de islas coralinas, presuntos fragmentos de la Atlántica de Platón: Comparte con la República Dominicana de Haití la isla de Santo Domingo, en un tiempo llamada La Española, que muchos catalogan como postulado histórico: “La tierra que más amó Colón”.

Aquí empieza la historia de América: con la isla de Santo Domingo centrado, durante un lapso apreciable de la conquista y la colonización, todos los futuros pasos de los europeos por el continente americano. Es el privilegio de las primicias que Pedro Henríquez Ureña resume así:

“Santo Domingo “cuna de América”, único país del Nuevo Mundo habitado por españoles durante los quince años inmediatos al Descubrimiento, es el primero en la implantación de la cultura europea. Fue el primero que tuvo conventos y escuelas (¿1502?); el primero que tuvo sedes episcopales (1503); el primero que tuvo Real Audiencia (1511), el primero a que se concedió derecho a erigir universidades (1538 y 1540).¹

Pero, más aún: las primeras ciudades y cabildos, la primera catedral y los primeros territorios donde esplendieron las formas arquitectónicas europeas, con los primeros arcos y bóvedas, detalles que fueron ignorados por *nahualts*, *quechuas* y *aymaras*. Fue punto de partida de nuevos descubridores y conquistas continentales y,

*Conferencia pronunciada por Mariano Lebrón Saviñón en el Coloquio sobre Sor Leonor de Ovando organizado por la Academia Dominicana de la Lengua en Santo Domingo, octubre de 2000.

¹Henríquez Ureña, P. La Cultura y las letras coloniales en Santo Domingo. Obras completas. Tomo VII. Recopilación y prólogo de Juan Jacobo de Lara, Publicaciones UNPHU. Santo Domingo, R. D., 1979.

como señalara Rufino José Cuervo, “la cuna del habla castellana de América”.

Santo Domingo fue, desde luego, el primer punto de América que tuvo hombres de letras, médicos y orfebres, y donde por primera vez resonó con pálido hieratismo el mensaje cristiano, a través de la liturgia de la primera misa, el 6 de enero de 1494, porque como afirma, entre otros, Max Henríquez Ureña: “la conquista espiritual comenzó...conjuntamente con al conquista política del nuevo continente”.²

Mientras Colón en España se defendía ante los Reyes, vistiendo hábito franciscano, de las primeras intrigas urdidas contra él³ su hermano, el adelantado Bartolomé Colón cumpliendo recibidas de aquél, exploraba el sur de La Española, donde debía de fundar ciudades. Ordenó, por tanto, la construcción de un fuerte que llamó San Cristóbal, cerca del río Jaina, donde parece que existía una mina de oro, pero a causa de sus escasos recursos se vió forzado a regresar a La Isabela. Poco después se fundó la ciudad de Santo Domingo –en un principio llamada Nueva Isabela–, la que hoy esplende como la Primada de América y honra a Bartolomé como su fundador.

Refiriéndose al puerto –la ancha ría del Ozama–, dice Antonio Delmonte y Tejada:

“En efecto, tenía este todas las ventajas que pudieran aparecer. Situado a la boca del caudaloso Ozama, cuya profundidad sondeó el Adelantado en las canoas de los indios, y al cual podían fondear naves hasta de trescientas toneladas con suficiente abrigo: rodeada en su extensión de una campiña llana, fértil y de hermoso arbolado; enriquecida de canteras casi marmóreas y de materiales fáciles para formar sólidos edificios, abundancia de agua potable y otros elementos, se dio principios a la formación de una fortaleza,⁴ en la planta de la tierra⁵ y a la construcción de algunas casas. La población la

²Henríquez Ureña, M. Panorama histórico de la Literatura Dominicana. Río de Janeiro, 1945.

³De las acusaciones que el padre Bernardo Boil y Mosén Pedro Margarite le hicieron a los Reyes Católicos acerca de las arbitrariedades del Primer Almirante.

⁴Fortaleza que nada tiene que ver con la Torre del Homenaje, construida más tarde por Ovando en la otra margen del río Ozama.

⁵Punta Torrecilla en la margen oriental del río Ozama.

denominó Santo Domingo porque se principió el 4 de agosto o porque su padre se llamaba Domingo, aunque en aquellos primitivos días se le reconoció con el nombre de la Nueva Isabela".⁶

El consenso acepta como fecha de fundación el 4 de agosto de 1496.

La ciudad se erguía con su torre ante el acariciante mar junto a una amplia y despejada ría que vuelca su caudal en el Caribe, el piélago del semillero azul de las Antillas.

Pero tempranamente un huracán arrasó con la incipiente comunidad y el nuevo gobernador, el Comendador de Lares, Frey Nicolás de Ovando, cudelísimo inflexible, el primer urbanista que pasó por América, la trasladó a la margen occidental del río Ozama, en 1502.

La ciudad surgió con pretensiones de una verdadera urbe renacentista y creció con insólita rapidez e inusitado prestigio. No sólo la madera sino la piedra, material de eternidad, el ladrillo y aún la cerámica vidriada, y se levantaron alcázares, templos de estilos elegantes que trajeran a la isla antillana el boato y esplendor de la Europa renacentista. Vinieron a la ciudad de Santo Domingo maestros y canteros que elevaron los primeros domos y las cimbras que sostuvieron la realidad de los primeros arcos importantes. Lucieron también en postales y frontispicios, la pétreo orfebrería del plateresco y los atauriques árabes que también, por lo menos en los sobrios monumentos de la Primada de América es doble contemplar como elegantes intrusos en el gótico isabelino.

La ciudad, imán de peligros, se aisló con fuertes muros y poderosas fortalezas y bastiones.

La ciudad de Santo Domingo fue, hasta entrando el siglo XVIII, el centro de actividades del caribe, aún después de ser rezagada por los grandes virreinos.

En la primera mitad del siglo XVI la actividad fabril la coloca en primer plano.

"De hecho –afirma Erwin Walter Palm– todo lo que la ciudad recién fundada podía necesitar estaba terminado o para terminar en estos decenios: el Hospital y la iglesia de San Nicolás de Bari, las iglesias de los franciscanos, de los dominicos, de los mercedarios; la catedral, ya tenía

⁶Delmonte y Tejada, A. Historia de Santo Domingo.

muchas cosas particulares, algunas de piedra buena, otras de tapias: el palacio del Almirante Don diego Colón, una Universidad, el hospital de San Andrés, edificios de administración, moneda y Atarazana; y en cuanto a las obras Militares: una fortaleza, tres puertas acabadas y una cerca en Construcción".⁷

También fue La Española sede de los primeros obispados que se instituyeron en América.

De hecho, el primer obispo, era un egregio sacerdote renacentista, Alessandro Geraldini, con quien vinieron, con altaneras fragancias, las flores humanísticas que embalsamaban la cultura en Europa. De echo la ciudad de Santo Domingo del Puerto, se estremecía con todo el gálibo señorial del Renacimiento.

En el siglo XV, cuando muere la Edad Media y se realiza la unidad española, cuando asoma el Renacimiento y brota de lo ancho del mar con un continente, regalo del cielo a España, ya hay una rica herencia cultural que hace más anchuroso aún el océano del acervo español en su procedente papel de rectora del mundo que le reservaba Dios en ese glorioso siglo XVI.

El Renacimiento no frutejó en el Nuevo Mundo sino tardíamente y más aún, en sus corrientes italianizantes, porque los españoles que vinieron a América traían todo el aliento peninsular impregnado de esencias medievales.

España estaba en el momento estelar de su despertar prodigioso, cuando ilumina el sol de su alto destino civilizador, inmersa en las aguas de sus propias tradiciones que tiran hacia el medioevo.

Cuando empiezan a llegar el Nuevo Mundo los grupos egregios de una España que va a incendiarse con el fuego de un humanismo delizante, traen ya ráfagas renacentistas que van a soplar deleite, llegan a América las nobles cuartetos de Juan de Mena, mientras que Erasmo desliza de una en otra mano, subrepticamente.

Por esa razón la poesía que floreció en América es la del siglo XV, con particular predilección por los romances que muchas personas

⁷Palm, E. W. La arquitectura del siglo XVIII en Santo Domingo. Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1942.

se sabían de memoria en México y Santo Domingo, en Nueva Granada y Guatemala, en Chile y Perú y en Río de la Plata.

Algún erudito con raigambre humanística componía alguna vez pesados hexámetros o se remansaba, encantado, en las linfas de los endecasílabos (tales nuestros primeros poetas con la noble Sor Leonor de Ovando a la cabeza), pero el pueblo, los capitanes y soldados, los juglares y cazadores de tesoros, cantaban coplan anónimas, octosílabos arromanceados, villancicos y cantigas de viejo cuño.

Todavía en plena mitad del siglo XVI y en los albores del XVII, en México y en Perú se escribían versos de arte mayor que se confundían con las clásicas octavas italianas.

Algunos conquistadores con cierta cultura, como Jiménez de Quezada, según Juan de Castellanos, defendían a rajatablas los metros españoles de la invasión extraña, agresiva y andaluza.

Cuando el Renacimiento irrumbe, al fin, en América, se ensayan todos los géneros, con excepción de la novela, que sufrió absurdas prohibiciones de parte de las autoridades españolas. Pero floreció la poesía lírica, cuyos primeros balbuceos se ayaron en Santo Domingo, la poesía narrativa y la dramaturgia, con Cristóbal de Llerena.

Por Juan de Castellanos sabemos el nombre de los primeros poetas y literatos de América, nacidos en la isla de Santo Domingo. De los que menciona el más curioso es el poeta andaluz Lázaro Bejarano quien, aunque exhibe una aceptable mediocridad, perteneció en Sevilla al círculo de Gutiérrez de Cetina; Luis Angulo (1530-1560), imitador de Montemayor, es también citado en las octavas reales de Castellanos, así como otros, de cuya existencia sólo queda su fugaz mención: Diego de Guzmán, Joan de Guzmán, el canónigo Rodrigo de Liendo, Arce de Quirós...

¡Lástima grande que se hayan perdido las obras de estos primeros literatos de nuestra América que cita Castellanos en su poema elegíaco!

De otros poetas nativos cuya importancia sobrepasa, con muchos a los ya mencionados hace mención en su Silva Eugenio de Salazar: Francisco Tostado de la Peña, Elvira de Mendoza y Sor Leonor de Ovando, cuya personalidad es la materia de este coloquio.